

EL ACADÉMICO

(L'IMMORTÉL)

I

En el *Diccionario de hombres célebres contemporáneos*, edición de 1880, artículo ASTIER REHU, se lee:

«Astier, llamado Astier-Rehu (Pedro-Alejandro Leonardo), de la Academia Francesa.—Nació en 1816 en Sauvagnat (Puy-de-Dôme), de una familia de honrados labradores. Desde su más tierna edad reveló rara aptitud para la historia. Estudios sólidos, como ya no se hacen, que empezó en el colegio de Riom y terminó en el liceo de Luis el Grande, del cual más tarde había de ser profesor, le abrieron de par en par las puertas de la Escuela Normal Superior. De ella salió para desempeñar la cátedra de Historia en el liceo de Mende, donde escribió su *Estudio sobre Marco Aurelio*, premiado por la Academia Francesa. Llamado al año siguiente á París

por el ministro Salvandy, el joven y ya brillante profesor respondió á la protección inteligente que se le dispensaba, publicando sucesivamente *Los grandes ministros de Luis XIV* (obra premiada por la Academia Francesa), *Bonapart: y el Concordato* (ídem íd.) y su admirable *Introducción á la historia de la casa de Orleans*, pórtico grandioso del edificio para levantar el cual el historiador debía consagrar veinte años de su vida. Ya entonces la Academia, no teniendo más premios que darle, le hizo sentar entre sus miembros; puede decirse que era de la casa, pues se había unido á la señorita Rehu, hija del malogrado Paulino Rehu, el célebre arquitecto, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y nieto del venerable Juan Rehu, decano de la Academia Francesa, el elegante traductor de Ovidio, autor de las *Cartas á Urania* cuya lozana vejez es la admiración del Instituto todo.

»Conócese el noble desinterés con que, después de haberle destinado M. Thiers, su amigo y colega, al cargo de archivero del ministerio de Negocios extranjeros, supo desprenderse de su empleo al cabo de algunos años (1878), no queriendo doblegar su pluma y la imparcialidad de la Historia ante las exigencias de nuestros gobernantes. Pero á pesar de estar privado de sus queridos archivos, el escri-

tor ha sabido aprovechar sus ocios forzados, y en dos años nos ha dado los tres últimos tomos de su historia, y anuncia para muy en breve un *Galileo ignorado*, extraído de documentos curiosos é inéditos. Todas las obras de Astier-Rehu se venden en casa de *Petit Sequard*, librería académica.»

Como el editor del *Diccionario de hombres célebres* da á los mismos interesados el encargo de hacer su propia historia, no cabe dudar de la autenticidad de las anteriores notas biográficas, salvo en lo referente á asegurar que Leonardo Astier-Rehu había dimitido su cargo de archivero, cuando nadie ignora que fué destituido y despedido como un cochero de punto por una frase imprudente que al historiador de la Casa de Orleans se le escapó en el tomo V, página 327, cuando dijo: «Entonces, lo mismo que ahora, Francia se vió invadida por la ola demagógica.»

¡Parece imposible lo que puede dar de sí una metáfora! Doce mil francos de sueldo, casa en el ministerio, luz, leña, y además el maravilloso tesoro de documentos históricos en el cual tomaron origen sus libros... ¡Todo esto lo arrasó la «ola demagógica,» su ola famosa! El po-

bre hombre nunca se consoló, y á los dos años el recuerdo del bienestar y la consideración de su empleo, todavía le entristecían, en particular durante ciertos días del mes ó de la semana, y, sobre todo, el día de Teyssedro.

Este Teyssedro era el limpiasuelos que iba de tiempo inmemorial á casa de Astier los miércoles, día en que la señora Astier recibía á sus amigos por la tarde en el despacho de su marido, única pieza presentable de aquel tercero de la calle de Beaune, restos de una gran casa, majestuosa de techo, pero incómoda á no poder más.

Cabe suponer la confusión que ese miércoles, que surgía todas las semanas, produciría al ilustre historiador al verse interrumpido en su trabajo laborioso y metódico. Surgió de ahí un profundo odio al limpiasuelos, paisano suyo, de cara amarilla, dura y maciza como pan de cera. Ese Teyssedro, con el pretexto de que era de Riom «y el *señor* Achtier no era más que de Chauvagnat» trastornaba sin consideración alguna la pesada mesa, llena de cuadernos, notas y extractos, y llevaba de una á otra habitación al pobre grande hombre, que al fin se veía

reducido á refugiarse en un camaranchón de encima de su despacho, donde, á pesar de su estatura regular, sólo cabía acurrucado. Amueblado con un viejo sillón adamascado, una antigua mesa de tresillo y una tabla para libros, el camaranchón daba á un patio por el arco del ventanal del despacho que hacía en el muro como un medio punto bajo y con vidriera, en cuyos cristales el historiador, al escribir, se veía reproducido de cuerpo entero, penosamente agachado como el cardenal La Balue en su jaula.

Allí estaba una mañana leyendo un viejo manuscrito, cuando la campanilla de la puerta resonó en el despacho invadido por el tonante Teyssedro.

—¿Es usted, Fage? preguntó el académico con su voz de bajo, hueca y metálica.

—No, *señor* Achtier, es el señorito.

El limpiasuelos es el que abría los miércoles por la mañana, mientras Corentina vestía á la señora.

—¿Cómo está el *maestro*? gritó Pablo Astier, dirigiéndose al cuarto de su madre.

El académico no contestó. Le molestaba la

ironía de su hijo, llamándole á todas horas maestro, y querido maestro, como burlándose de ese título con que generalmente le adulaban.

—Que suba el Sr. Fage en cuanto llegue, dijo, sin dirigirse al limpiasuelos.

—Bueno, *siñor* Achtier...

Y volvió á llenar toda la casa el ruido que armaba el auvernés.

—Buenos días, mamita.

—¡Calle! Es Pablo... Entra, entra. ¡Cuidado con los plegados, Corentina!

La señora Astier estaba ante el espejo poniéndose el vestido. Era mujer delgada, alta y bien conservada, á pesar de su fisonomía gastada y de su cutis demasiado fino. Sin moverse, le presentó su mejilla cubierta de polvos de arroz, que el hijo rozó con su barba rubia acabada en punta, tan poco cariñoso el uno como la otra.

—¿Almorzará el señorito? preguntó Corentina, una campesina recia, de tinte aceitunado, la cara llena de cicatrices de viruela, sentada en el suelo como una pastora en el prado y arreglando los bajos de la falda de su ama con un cintajo negro. El tono, la postura, todo descubría en

ella gran familiaridad en la casa: la franqueza de una doncella para todo, mal pagada.

No. Pablo no almorzaba. Le esperaban: abajo tenía su *boghey* y había subido sólo para decir dos palabras á su madre.

—¿Tu nueva *charrette* inglesa? ¡A ver!

La señora Astier se acercó á la ventana abierta, separó las persianas bañadas con la hermosa luz de Mayo, un poco, lo bastante para ver el bonito tren deslumbrante, con sus guarniciones nuevas y su reluciente caja, y al lacayo con librea nueva, flamante, con la brida cogida de la mano.

—¡Señora, qué bonito! murmuró Corentina, que también miraba. ¡Qué guapo estará el señorito Pablo ahí dentro!

La madre estaba radiante; pero como enfrente entreabriéronse las ventanas, mientras se paraba alguna gente delante del coche que había alborotado todo aquel rincón de la calle de Beaune, despidió á la criada, y sentada en una *chaise-longue*, arregló ella misma los pliegues de su falda, esperando lo que tenía que decirle su hijo, cosa que ya presumía, á pesar de parecer muy distraída con su vestido.

Pablo Astier, tendido en un sillón, también callaba, jugando con un abanico de marfil, una antigualla de su madre que conocía desde niño.

Viéndoles así, su parecido saltaba á la vista; era la misma carne criolla con el color rosado y quebrado á la vez, el mismo cuerpo fino, los ojos grises impenetrables, y en los dos semblantes el mismo pequeño defecto que apenas se notaba, la delgada nariz un poco torcida, lo cual daba la impresión burlona de algo en que no podía fiarse.

Se espían en silencio, como esperando: á lo lejos se oía el infernal ruido de la escoba de Teysstedro.

—Es muy bonito todo esto, dijo Pablo.

Su madre levantó la cabeza.

—¿Todo esto? ¿Qué?

Con el mango del abanico, con un gesto de estudio de pintor, Pablo señaló los brazos desnudos y las correctas líneas de los hombros, encerrados en el corsé de batista fina. Su madre se echó á reír.

—Sí; pero ¿y esto?

Y señaló su cuello largo, en el que las arrugas delataban la edad.

Y luego pensó:

¿Qué importa esto si tú eres hermoso?

Pero no lo dijo. Habladora consumada, bachelera en chismes y maestra en mentiras de sociedad, habilísima en decirlo todo ó dejarlo comprender, no tenía palabras al verse frente á frente del único sentimiento verdadero que la agitaba.

No podía decirse que fuera una de esas mujeres que no saben declararse viejas. Mucho antes de la hora de queda ó cubrefuego, si alguna vez había habido fuego en ella, toda su ambición mujeril de conquistar y seducir, sus sueños gloriosos, elegantes ó de gran mundo, los había concentrado en su hijo, en ese buen mozo de aire correcto, con el aspecto del artista moderno, la barba elegante, los cabellos al rape, y en el porte y en las maneras la gracia militar que á la juventud de hoy presta el año de voluntariado.

—¿Se alquiló el principal al cabo? preguntó la madre.

—¡Sí, alquilado!... ni una rata. Papeles, anuncios... nada sirve. Como decía Vedrine en su exposición particular: «No sé lo que tienen, pero el hecho es que no vienen.»

Pablo se echó á reir, recordando el orgullo tranquilo y convencido de Vedrine paseando entre sus esculturas y sus relieves, asombrándose, sin enojarse, de la ausencia del público.

Pero la señora Astier no se rió. ¡Un principal tan hermoso y sin alquilar hacía ya dos años! ¡Y nada menos que en la calle de Fortuny, un barrio tan magnífico, una casa estilo Luis XII, y hecha por su hijo! ¿Qué querían ellos... ellos, probablemente los mismos que no iban á ver las obras de Vedrine?

Y rompiendo con los dientes el hilo de la costura:

—A pesar de esto, dijo, es un buen negocio.

—Excelente, pero se necesita dinero para sostenerlo... El *Crédit Foncier* se lo lleva todo, y luego los maestros de obras, carpinteros y tapiceros que se me echan encima... 10.000 francos de carpintería que he de pagar á fin de mes, y no tengo un cuarto.

La madre, que se ponía el cuerpo del traje junto al espejo, palideció, y se vió palidecer á sí misma con el estremecimiento que se siente en un duelo cuando el arma del contrario se levanta y apunta.

—¿No cobraste la restauración de Mousseaux?

—¿Mousseaux? ¡Hace tanto tiempo!...

—¿Y el panteón de los Rosen?

—¡Siempre así! Vedrine no acaba su estatua...

—¡Vedrine siempre! ¿Lo ves? Te lo dijo tu padre.

—Sí, ya sé; es el coco del Instituto.

Se levantó y se puso á pasear de un lado para otro.

—Vamos, tú me conoces; soy hombre práctico. Si he tomado á ése para mi muñeco, es porque debía tener una idea.

Volvióse bruscamente hacia su madre:

—¿Tienes tú esos 10.000 francos? le dijo.

La pobre mujer esperaba esto desde que le vió entrar, sabiendo que no venía para otra cosa.

—¡Diez mil francos! ¿Por dónde?...

Y sin que añadiese una palabra, la aficción de la boca y de la mirada decían claramente:

—Sabes bien que todo te lo he dado; que me visto de remiendos; que en tres años no me he comprado un sombrero; que Corentina lava mi ropa en casa, porque me avergonzaría dar esos trapos á la lavandera, y sabes también que

la miseria mayor para mí es la de tener que negarte lo que me pides. ¿Por qué pedirme ese dinero?

Y esta muda reprensión de su madre era tan elocuente, que Pablo contestó en voz alta:

—Desde luego no pensaba precisamente en ti. Porque, en fin, si tú los tuvieses...

Con su aire de burla fría añadió:

—Pero el maestro, el de arriba... Quizás tú lograrías... ¡Sabes capearle tan bien!...

—Ahora ha acabado todo...

—Sin embargo, él trabaja; sus libros se venden... Vosotros no gastáis un céntimo...

En aquella semioscuridad se puso á registrar la pobreza de aquellos muebles viejos, las cortinas desteñidas, las alfombras relucientes, todo sin renovar desde hacía treinta años. ¿Dónde iba á parar el dinero? ¡Hombre, si el autor de sus días la correría! Era tan enorme, tan inverosímil Leonardo Astier-Rehu corriéndola, que su mujer, al través de su tristeza, no pudo menos de reirse.

—No, en cuanto á esto, podemos estar tranquilos; y añadió:

—Pero ¿qué quieres? se esconde, desconfía;

el campesino entierra el dinero. ¡Le hemos hecho tantas!...

Hablaban en voz baja, con la mirada fija en el suelo como dos cómplices.

—¿Y el abuelo? dijo Pablo sin gran convicción; si tú mirases...

—¡El abuelo! ¿Estás loco? ¿No le conoces? El viejo Rehu, con su feroz egoísmo de casi-centenario, que nos vería morir á todos antes que privarse de un polvo de rapé ó de uno de los alfileres de que siempre estaba lleno el revés de su solapa. ¡Pobre hijo! ¡Muy apurado debes verte cuando se te ocurre semejante ideal... Otra cosa: ¿quieres que vea?...

—¿A quién?

—Calle de Courcelles... Adelantado sobre el panteón.

—¡Por supuesto! Te lo prohibo en absoluto.

Le dijo esto como si fuera su amo, pálidos los labios y la mirada torcida...

Pero en seguida, volviendo á su tono seguro y escéptico:

—No pienses más en ello, la dijo. Esto no es más que una crisis... Peores las he visto.

La madre le dió el sombrero que buscaba,

dispuesto á marcharse en vista de que nada podía sacarle; pero para estar con él algunos instantes, le habló de un gran asunto, un matrimonio que se le había encargado.

Al oír la palabra *matrimonio*, Pablo se estremeció, y mirándola de reojo:

—¿Quién? la dijo.

—He jurado no decir nada todavía; pero, en fin, á ti... en una palabra, el príncipe de Athis.

—¿Samy? ¿Con quién?

La madre entonces, poniéndose casi de pie, contestó:

—No la conoces... Una extranjera... muy rica... Si triunfo, podré ayudarte... Hay tratos hechos y compromisos por escrito..

Sonrióse él, ya tranquilo.

—¿Y la Duquesa?

—No sabe nada. ¡Figúrate!

—Su Samy, su príncipe, y quince años de relaciones...

La señora Astier hizo un gesto atroz de indiferencia de una mujer para otra.

—Peor para ella... ¡Ya tiene edad!

—¿Cuánta?

—Es de 1827, y estamos en 1880. Exactamente un año más que yo.

—¡La Duquesa! dijo Pablo estupefacto.

La madre, riendo, añadió:

—¡Ah, sí, la bribonal... ¿Qué te asombra? Estoy segura de que la creías veinte años más joven... Realmente, el más corrido de entre vosotros no ve más allá de sus narices... Ya comprenderás que ese pobre Príncipe no podía llevar el ronzal toda la vida, y más debiendo morir el viejo Duque de un día para otro, y tendría que casarse con ella. ¿Le ves tú casado con esa vieja?

—¿Sabes que es bueno ser amiga tuya?

—¡Cómo! ¿La Duquesa amiga? ¡Sí, amiga! Una mujer que con seiscientos mil francos de renta, siendo las dos tan íntimas y conociendo mi pobreza, jamás se le ha ocurrido ayudarme... De vez en cuando un traje, un sombrero, regalos útiles... de los que no dan gusto alguno.

—Y los días del abuelo Rehu, añadió Pablo en tono de aprobación, un atlas, un mapa...

—Antonia es muy avara. Recuerdo en Mousseaux, en pleno otoño, cuando Samy no estaba, las ciruelas que nos daban de postre,

con aquellas huertas y aquellos árboles frutales... ¡Es claro! Todo lo vendían en los mercados de Blois, de Vendôme... Y es que, mira, está en la masa de la sangre... Su padre, el Mariscal, tenía fama en la corte de Luis Felipe, y ¡cuidado que pasar entre aquella gente por avaro! Esas grandes familias corsas todas son lo mismo: grasa y vanidad. En vajilla de plata con sus armas grabadas, comen bellotas que no comerían los cerdos. ¡La Duquesa! ¿Pues no es ella misma la que lleva las cuentas con su cocinero? Por las mañanas le suben la carne para que la vea; por la noche (lo sé por el Príncipe mismo), metida en los encajes de su camisa de dormir y preparada para el amor, repasa las cuentas del día.

La señora Astier se deshinchaba, con su vocicilla aguda y silbante como el chillido de un ave marina posada en lo alto de un palo de mesana. Su hijo la escuchaba al principio, divirtiéndose, luego impaciente, y ya en la puerta:

—Me voy, dijo de pronto. Tengo un almuerzo de negocios... importante.

—¿Un encargo?

—No: esta vez nada de arquitecturas...

Y como su madre insistiese con curiosidad:

—Más tarde, le dijo, ya te diré... Ahora empezamos...

Y á punto de marcharse, al darla un beso superficial, le murmuró junto al oído:

—De todos modos, piensa en los diez mil... ¿Sabes?

Sin ese hijo que les dividía sordamente, los Astier-Rehu hubieran resultado un matrimonio excelente, con arreglo á la convención social, y, sobre todo, según el ideal académico.

Treinta años llevaban con los mismos sentimientos mutuos conservados al hielo, á la temperatura de tierra fría, como dicen los jardineros.

Cuando por los años de 1850 el profesor Astier, coronado por el Instituto, pidió la mano de la señorita Adelaida Rehu, que vivía entonces en el palacio Mazarino, en casa de su abuelo, el principal atractivo de ésta para él no era su belleza fina y su tez rosada, ni tampoco la fortuna, puesto que los padres de Adelaida, muertos casi repentinamente del cólera, habían dejado poco, y el abuelo, criollo de la Martinica, un